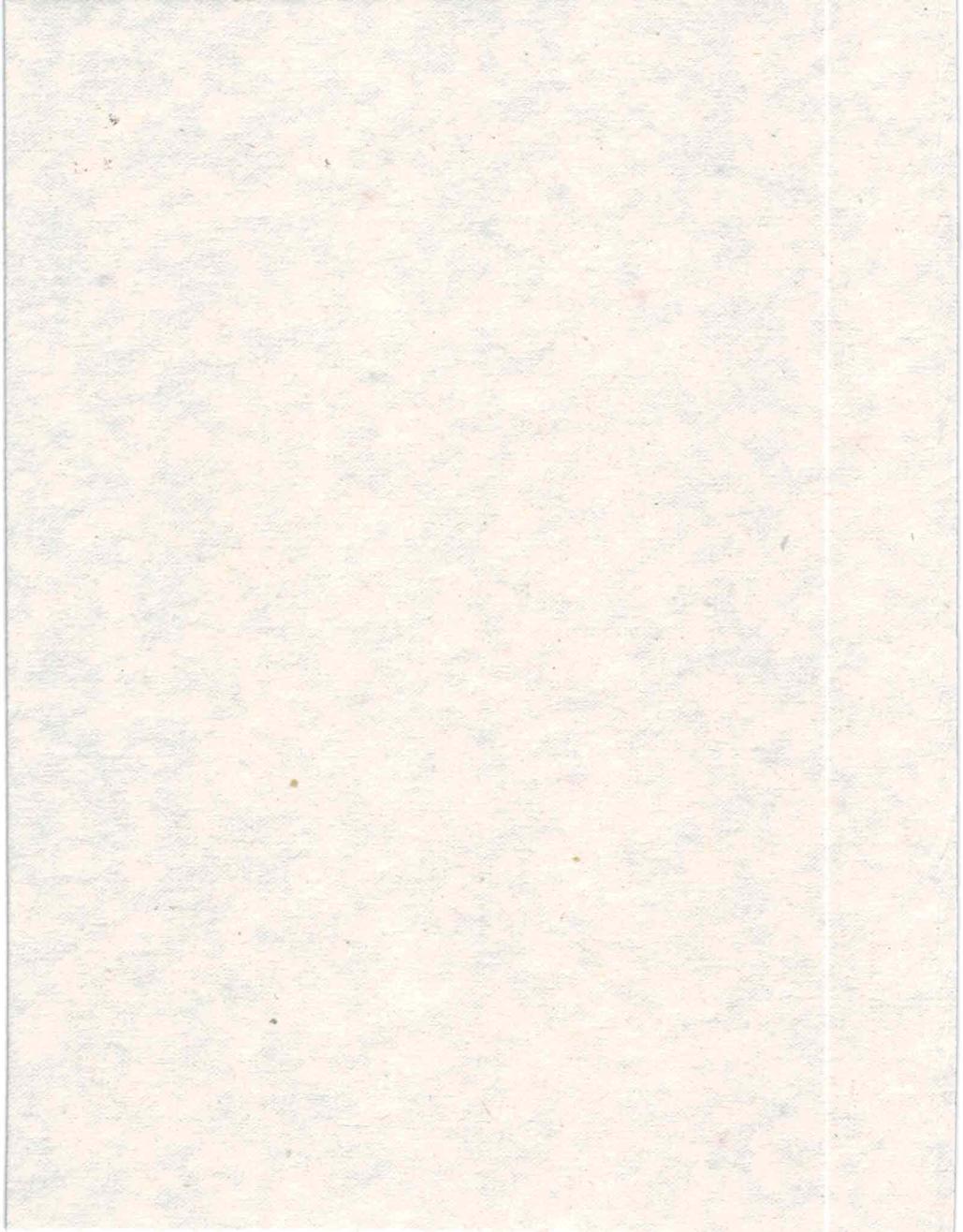


vida de ^{nta} Cunegunda emperatriz





SANTA CUNEGUNDA, EMPERATRIZ

Por
Rafael M.^a López-Melús, carmelita

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA



Un matrimonio original

La protagonista de esta historia encantadora es una hermosa joven, hija de los condes Sigfredo y Eduvigis de Luxemburgo que nació a finales del siglo X y que se llamaba Cunegunda.

Desde muy niña fue educada en el santo temor de Dios, en el conocimiento de la Sagrada Escritura, en el amor a los pobres y en la honradez más cabal.

Ella descubrió que lo más grande de su vida era su virginidad y ya desde muy niña se la consagró al Señor para siempre.

Por otra parte había un joven príncipe llamado Enrique, duque de Baviera, que el 7 de junio del año 1002 fue coronado emperador de Alemania y que igualmente había recibido una esmerada educación cristiana y una entrega total al servicio del Señor al que también le había prometido que para una mayor dedicación a su amor y a su servicio no intentaba contraer matrimonio.

Pero los súbditos de Enrique no pensaban igual y por ello le instaban a que tomase esposa para tener ellos la seguridad de continuidad en el gobierno del imperio. El rey más por complacerles que por sus intenciones hizo tal como ellos se lo proponían. Por ello un día les dijo:

— “Mirad, no quiero oponerme por más tiempo a vuestros insistentes deseos de que tome esposa. Pero sabed una cosa: En modo alguno me desposaré con una joven que no sea digna por sus prendas naturales y sobre todo morales, de compartir conmigo el trono del imperio. Para que veáis que confío en vosotros, a vosotros os encomiendo el encargo de buscar por todo el imperio o fuera de él a esta mujer”.

Buscaron los preceptores... y dieron con una joven verdaderamente extraordinaria y así se lo comunicaron al Rey: Era elegante, de sangre noble y, sobre todo, sumamente buena y delicada, parecía un ángel...

El rey al verla quedó prendado de sus encantos y la amó con toda su alma.



Esposos y vírgenes a la vez

Pocos años hacía que la bella Cunegunda había quedado huérfana y ahora eran unos tíos suyos sus tutores. Ellos se esforzaron por animar a su sobrina y ahijada a que aceptase este maravilloso compromiso. Cunegunda por el contrario sintió una gran pena porque había consagrado a Dios su virginidad y había hecho promesa de no contraer matrimonio para así estar más dispuesta para las cosas del Señor...

Le fueron por todos los lados, sobre todo que era un gran partido ser emperatriz de Alemania y que se trataba de un buen rey y muy cristiano y que la amaría con toda su alma... Cunegunda seguía rogando al Señor que le diera a entender cuál era su voluntad... Poco después bien sumergida en la más profunda oración notó que el Señor le venía a decir:

— “Hija mía, yo acepto gozoso la promesa que me has hecho pero veo que ahora es mejor que aceptes ser esposa del emperador porque también allí, siendo emperatriz, podrás cumplir tus deseos de guardar la virginidad”.

La boda fue como era de esperar la más sonada de aquellos tiempos. Una gran alegría reinaba en todo el imperio. Los obispos bendijeron a estos santos esposos y cuando se hallaron sola la pareja, Enrique tomó la palabra y le dijo a su esposa Cunegunda:

— “Queridísima esposa: No quiero que ignores que he jurado al Señor, consagrarle mi alma y cuerpo, guardando por su amor continencia perpetua”.

— “Señor rey y señor mío —le contestó llena de alegría Cunegunda— tus palabras me han colmado de gozo y me han sabido más dulces que la miel, ya que también yo tengo hecho voto de perpetua virginidad y antes renunciaría a todas las coronas de la tierra que consentir en quebrantarlo”.

Y vivieron varios años sumamente felices...



La calumnia

Es un pecado muy grande la calumnia y les ha llegado a mancillar a muchos de los elegidos por el Señor... También se cebó contra el alma de la piadosa y santa Cunegunda.

Era demasiada la dicha y felicidad que disfrutaban. Enrique el mismo día de la boda y muchas veces después le había dicho:

— “Queridísima esposa: Os puedo llamar con toda propiedad mi amiga y mi hermana purísima. El Señor está en nosotros pues ha inspirado en nosotros los mismos sentimientos de hacer en todo su santa voluntad y de generosa entrega. Jurémosle permanecer siempre fieles en su amor. Por lo que a mi toca, por la fe y amor que profeso a Jesucristo a quien pongo aquí como testigo te prometo honrarte como a la más gloriosa de las reinas y a la más amante esposa, como a lo más sagrado que hay sobre la tierra, pero conservando nuestra entrega y amor a Jesucristo sobre nuestro amor carnal...”.

Cunegunda le contestó con parecidas palabras y con la promesa de una inquebrantable fidelidad... Eran sumamente felices...

Parece como si el demonio no estuviera contento por tanta virtud y entrega a Dios cuando suscitó en los corazones de algunos de los cortesanos odio y envidia contra aquella santa mujer de la que nadie podía decir lo más mínimo que empañase su virtud angelical.

Con ocasión de que el Emperador estaba en expediciones militares levantaron la calumnia de que la reina no le guardaba el debido respeto y amor y que no era fiel a su esposo... A los oídos de la reina no llegó nada de esto y ella seguía llevando la misma vida de retiro y entrega a la oración como siempre...

Pero la calumnia se extendía por los diferentes corrillos y grupos de la corte y fuera de ella... Era la comidilla de aquellos deslenguados.



El encuentro con el rey

A la vuelta de la expedición pronto alguno de los pocos desaprensivos cortesanos hizo llegar hasta los oídos del monarca los rumores que circulaban por la corte sobre la emperatriz Cunegunda.. Era demasiado el amor que el rey le profesaba y la enorme confianza que en ella tenía depositada para creerse aquellas habladurías... Y por ello a los que fueron con aquellos chismes los despidió diciendo:

— “Estoy seguro de que no son sino habladurías y calumnias de unos cuantos que se han ido a inventar lo que más daño puede hacer a la reina y a mí... Pero eso es falso...”.

Como los rumores crecían... por fin el rey llegó a sospechar y quiso tomar parte en el asunto... Hasta llegó a convocar un concilio de Obispos y les rogó que dictaminasen sobre el asunto.

La cosa se agravaba. Llegó también a oídos de la santa reina Cunegunda y lo que más le dolió en el alma fue saber que llegó a creerse aquellas calumnias su idolatrado esposo al que le había guardado una fidelidad contra toda sospecha...

El rey trató de abandonarla y no le dirigía ni la palabra. Cunegunda confiaba en el Señor a quien tanto amaba y al que había consagrado cuanto era y estaba segura de que El le ayudaría. No perdió la calma ni la paz. Cierta día se hizo encontradiza con él y le dijo:

— “Majestad, muy apenado os veo ¿por qué no queréis dirigirme la palabra y por qué apartáis de mí vuestros ojos?”

— “A mí no me toca decíroslo —contestó bajando la cabeza y con voz severa el rey— interrogad a vuestra propia conciencia y ella misma será vuestra respuesta y vuestro mejor juez”.



“En las manos de Dios”

Aquel encuentro entre Cunegunda y Enrique fue definitivo. Cunegunda veía que su matrimonio se destruía por la envidia y la calumnia y la cosa no podía seguir así... Y dijo al rey:

— “Os parece que yo he traído la ruina al imperio con esto que se me acusa. Veréis, oh rey, que todo es mentira y os devolveré la misma paz y tranquilidad de que antes disfrutasteis. Poned los medios que yo os voy a dar y reconoceréis mi inocencia...”.

Pareció que la calma volvía al rey airado... Y prosiguió hablando Cunegunda:

— “Juntad a todos los príncipes, obispos y grandes del reino en la ciudad de Bamberg y examínese este asunto según las normas jurídicas en vuestra presencia y ante ellos y, después, que la misma asamblea decida sobre el asunto. Estoy plenamente confiada en que el Señor hará brillar mi inocencia y vuestra tortura sobre este asunto desaparecerá como por encanto...”.

El rey lo hizo como se lo había rogado la reina... Pero una vez reunidos y ya antes de empezar el juicio los mismos obispos y príncipes prorrumpieron en llanto y lamentos pidiendo perdón a la reina Cunegunda y reconociendo su inocencia... Se dio cuenta de ello Cunegunda, pero no se dio por satisfecha. Había de llegar hasta el final. Se levantó con energía no propia de su gran dulzura y dijo:

— “No. La cosa no se acaba así. La prueba nos la dará el Señor si es que es verdad o falso cuanto se ha propalado contra mí. Que traigan doce rejas de arado candentes y sobre ellas caminaré con los pies descalzos”.

A esto se llamaba en el Medio Evo “los Juicios de Dios”.

Sobre ellas montó una por una Cunegunda y ningún dolor sintió sino que le parecía caminar sobre rosas... El milagro venido del cielo era una prueba, la más fidedigna de la inocencia de Cunegunda de todas aquellas calumnias y falsedades que contra ella habían maquinado sus enemigos...



“Amad a Dios, oh Rey”

Al ver aquel enorme tormento el rey le rogaba con enardecidas palabras que no prosiguiera, que creía en su inocencia... pero Cunegunda proseguía diciendo:

— “No, no, oh rey, que el Señor os demuestre si soy culpable o no de cuanto sobre mí se va diciendo de boca en boca... Cuanto más dolorosa sea la prueba mayor será la gracia que el Señor nos conceda. Oh Señor —decía con enardecidas palabras Cunegunda— Ayudad a vuestra sierva y libradla de estas terribles calumnias que han quitado la paz a mi esposo y me han torturado a mí durante tanto tiempo...”.

Al llegar a la duodécima reja toda roja y candente por el fuego que llevaba debajo se colocó sobre ella y cantaba y gozaba como si se encontrase sobre el más bello de los tronos de este mundo...

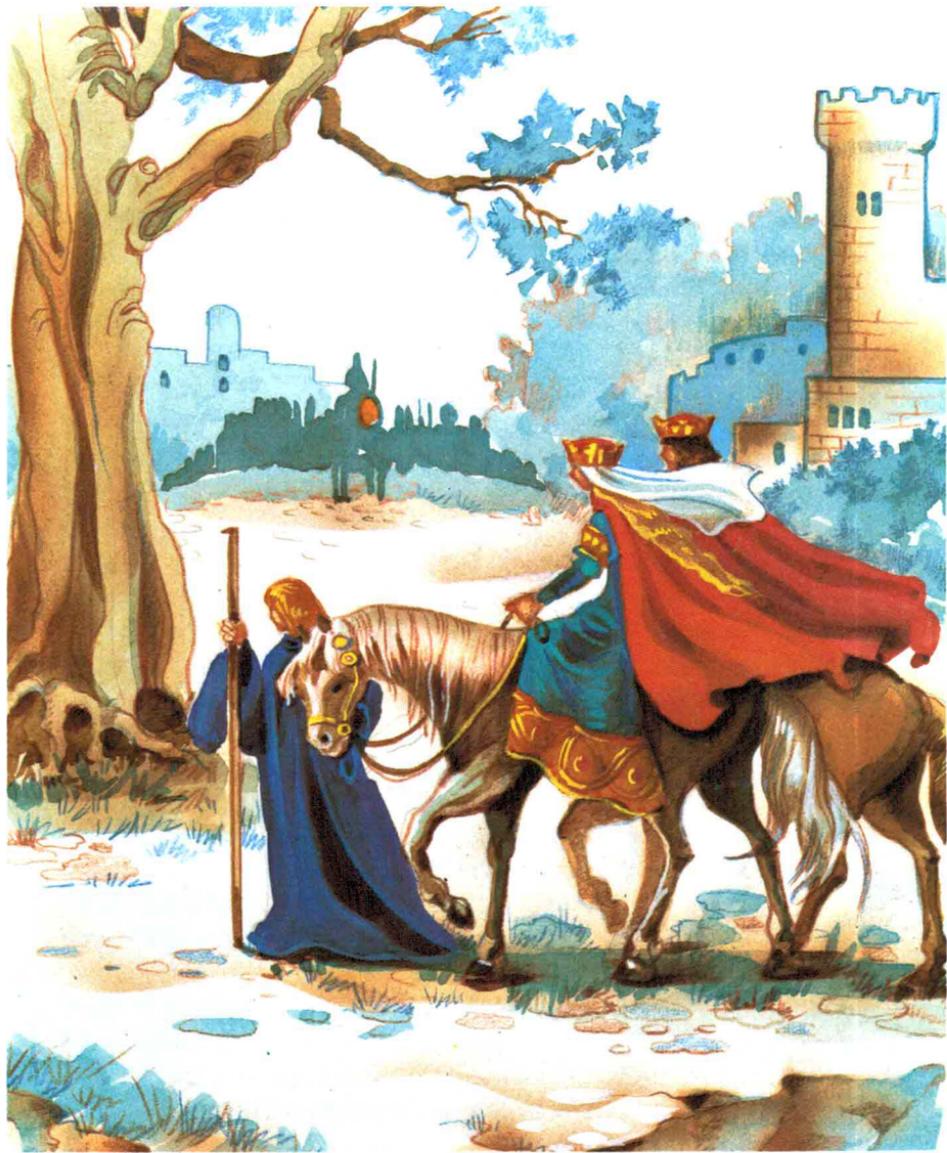
La escena era conmovedora. Todos lloraban de emoción y el rey Enrique exclamó:

— “Perdonadme, serenísima reina, y honradme otra vez con vuestro amor. Confieso ante toda esta asamblea que he pecado ultrajándoos con falsas sospechas, pero ya ahora mi dolor y arrepentimiento es grande como la admiración y estima que siento por vos. Quede mi lengua pegada a mis labios si hasta el postrero de mis días no procuro reparar mi culpa. Y a Ti, oh Dios, os pido perdón de todos mis pecados pero en especial por éste de haber dado crédito a las calumnias que se levantaron contra mi santa esposa”.

Y Cunegunda, fuera de sí de santa alegría y dando gracias a Dios pero sabiendo aprovechar estos momentos, se dirigió al monarca y le dijo:

— ¡Oh rey y señor mío! Sólo a Dios debéis amar y no a mí. El respeto y afecto que yo os he guardado y os guardo ahora son sin medida. Así lo fueron desde que os prometí el día del matrimonio y así lo serán hasta el último momento de mi existencia sobre la tierra...”.

Todos los asistentes lloraban de santa alegría...



Celo por la gloria de Dios

Si antes los alemanes querían a sus santos monarcas el amor que esta escena abrió en sus corazones fue mucho mayor. Para ellos eran como sus verdaderos padres.

Enrique y Cunegunda por su parte se amaron cada día más y más y ya jamás nada ni nadie perturbó su gran afecto.

Enrique quiso castigar con gran severidad a los calumniadores pero Cunegunda le atajó diciendo:

— “Oh rey y señor mío, me habéis dicho que estábais dispuesto a darme cuantas gracias os pidiese. Pues mirad: Os ruego que tratéis de olvidar los nombres de los calumniadores de mi nombre y de mi rango. Yo les perdono y quiero que el Señor haga otro tanto con ellos. Ojalá ya de ahora en adelante se destierre de nuestro imperio esta pestífera costumbre que hasta ahora parece que era algo corriente. Que todos sepan respetar a los demás y que cada uno cuide más bien de corregirse sus propios defectos que de estar escudriñando lo que hace o deja de hacer su prójimo”.

Los ciudadanos de todo el imperio trataban de imitar a sus emperadores en el amor y fidelidad que se profesaban y en el género de vida que llevaban de caridad y de oración...

Cunegunda acompañó al emperador a Roma el año 1014 porque el Papa Benedicto VIII en solemne ceremonia iba a coronar al Emperador con la corona Imperial como entonces era costumbre hacer los emperadores cristianos...

En Roma y por donde pasaba la comitiva llamaba la atención la reina por su bondad y belleza. Por todas partes iba derramando toda clase de generosidad para con los pobres y necesitados...

Levantó muchas iglesias y ayudó con pingües dotes a los Santuarios y monasterios para que tributaran siempre solemnes cultos al Señor y honrasen a su Bendita Madre la Virgen María hacia la que sentía una especial devoción.

Todavía hoy se conservan varias iglesias levantadas por su medio.



“Virgen la recibí, virgen la torno”

Los últimos años de la existencia de Enrique sobre la tierra todavía aumentó más su amor a Cunegunda y sus deseos de darle gusto en cuanto ella le manifestaba. Los dos a una se entregaron a la oración más asidua y a la lectura de la Palabra de Dios... Cada día rezaban todo el Salterio y además añadían otras varias devociones.

Pasaban muchas horas entregados a la caridad y visita de los barrios más pobres y necesitados haciendo toda clase de actos de servicio y ayuda que podían... Les llamaban “los padres de los pobres” y bien merecido lo tenían...

Cunegunda llevaba en la cabeza una idea a la que no quería renunciar y que veía en ella que la gloria de Dios sería muy acrecentada si la veía realizada... Era la fundación de un monasterio donde muchas jóvenes pudieran consagrar toda su vida a la oración y mortificación de sus cuerpos para pedir por toda la humanidad. Así se lo propuso un día a Enrique y éste le dio toda clase de facilidades, diciendo:

— “Señora Reina y esposa mía, ya sabéis que vuestros deseos son mis deseos y vuestros querer es mi querer. Si vos veis que se trata de una gran obra de Dios no tardéis en poner manos a la obra. Entregaros de lleno a ello y no os preocupéis de los gastos que ello pueda suponer. La corona saldrá responsable de cuanto sea...”.

Mientras las obras estaban en curso llegó la triste noticia de que el rey... estaba bastante enfermo. Nadie entendía a qué era debida esta enfermedad inesperada... El santo rey llamó a los obispos, príncipes y, sobre todo a los tutores de Cunegunda que aún vivían y dijo:

— “Muy señores míos: Hace años encomendasteis a mi custodia a esta virgen de Jesucristo. Virgen me la disteis y virgen la torno a este Señor y a vosotros”...

Una gran tristeza pero a la vez una gran esperanza llenó el corazón de la emperatriz Cunegunda porque sabía que el rey Enrique ya gozaba de la visión de Dios y que allí volverían un día a juntarse...



Se hace religiosa

Cunegunda siguió la obra que estaba realizando de levantar un gran monasterio para edificación del Señor y para que le sirvieran cuantas jóvenes sintieran la llamada de la vocación religiosa.

Los primeros meses los pasó poniendo en orden cuantos asuntos habían quedado pendientes a la muerte del Emperador...

Trató de llevar a feliz término cuanto éste antes de morir le encargó, pero sobre todo el cuidado de los pobres.

Como ahora ya no le ataban aquellas obligaciones de reina consorte ya podía disponer de las 24 horas del día para sus cosas, que eran las cosas de Dios y las cosas de sus pobres y necesitados. Entre ambas ocupaciones pasaba todo el día...

Ella trató de ofrecer muchas misas por el eterno descanso del alma del rey Enrique y de mandar a los religiosos y a los pobres que orasen mucho por su alma y era generosa en pagar estas oraciones y sacrificios... Creía verdaderamente en el poder de la oración...

Una vez todo en regla... ya nada le ataba a este mundo y quiso llevar a la práctica su vocación verdadera de toda la vida y que hubo de cambiar por la de reina y emperatriz porque así se lo ordenaron sus tutores, que hacían las veces de sus padres y le dijeron que ésta era la voluntad de Dios...

Dio el adiós al mundo y a todas sus vanidades y dejando todas las grandezas del imperio pidió humildemente ser admitida en el mismo monasterio que ella había fundado.

No le faltaron quienes le indicaban que no era bueno aquello para ella y que fuera también podría seguir haciendo mucho bien, pero Cunegunda después de agradecerlo, les dijo:

— “Gracias hijos y deudos míos, pero sabed que en ninguna parte podré dar más gloria a Dios y hacer más por el imperio que abrazando este género de vida que deseo abrazar”.



Una más

La soberbia y vanidad es algo que lo llevamos todos tan metido en nuestros más íntimos entresijos que no es cosa fácil liberarnos de ella...

A todos nos gusta sobresalir y llamar la atención. Todos queremos que nos lleven en palmitas y que se nos haga caso y obedezca...

Es lógico, pues, que a Cunegunda, que había sido durante tanto tiempo la primera Dama del Imperio y que había sido siempre obedecida y respetada por todos, grandes y pequeños, que ahora le costase el género de vida que había abrazado...

El día de su ingreso en el Monasterio hizo algo que era mucho más que un simple rito llamativo:

— Después de la lectura del Santo Evangelio de la Misa, se desnudó de sus vestiduras regias de emperatriz y allí desechó la corona real y se vistió de la tosca bata o hábito religioso igual y aún más pobre que el de las demás religiosas. Ella misma se lo había confeccionado pero procuró que fuera de tela inferior aún a la que usaban las demás monjas del monasterio...

Abundaron los lloros de los asistentes: Unos porque perdían a su gran bienhechora, pues ahora no sabían de dónde y cómo podrían vivir. Otros porque perdían a su Reina y Emperatriz que tantos y tan prudentes consejos les daba...

Todos vieron cómo el sacerdote cortaba con unas grandes tijeras sus lindos cabellos en señal de que aquello era vanidad y también a ello renunciaba la Emperatriz...

Siguió la ceremonia hasta el final... Y Cunegunda empezó su vida normal como las demás. Era una de tantas. Nunca aceptó distinción alguna en la comida, vestido ni trato. Ella estaba en los turnos de trabajo como las demás y en nada debían nunca nadie distinguirla. Esta fue la condición que impuso antes de entrar en el Monasterio por ella fundado. Nunca aceptará ser la Madre Abadesa del mismo. Ella quería obedecer y vivir humildemente...



Maravillas obró el Señor por su medio...

La vida de Cunegunda durante todos los años que el Señor le concedió sobrevivir a su esposo fueron de una entrega total al servicio del Señor y al de sus hermanas en el Convento...

Pasaba muchas horas entregada a la oración. Siempre que le permitía la Regla estaba ante el Santísimo Sacramento o ante el altar de la Virgen María...

Sabía hacer primores con la aguja y así pasaba horas trabajando por ella para enseñar a las demás y para ganarse el sustento según aquella advertencia del Apóstol San Pablo: “Quien no trabaje, que tampoco coma”.

Le pusieron como oficio el de enfermera que era el que mejor le iba y al que se entregó de lleno para atender a todas que sufrían cualquier dolencia. Ella se esforzaba por hacerles más llevadera la enfermedad... Lo hacía como un ángel de carne humana. Lo que más emocionaba a todas era recordar a aquella mujer Emperatriz de toda Alemania que había vivido rodeada de toda clase de regalos y ahora era ella la sirvienta amorosa de todas en los más humildes menesteres...

Era un auténtico espejo donde cada día y a cada momento se contemplaban todas las religiosas...

Por ello no era raro que el Señor la tomase como instrumento para obrar prodigios para edificación de todas.

Una noche mientras recostada en un camastro de paja una monjita que le leía se durmió y le cayó la vela y encendió todo con grave peligro de quemarse todo el monasterio... Bastó que Cunegunda hiciera la señal de la cruz para que el fuego se apagara repetidamente...

Otra ocasión al ir a comulgar —se llevaban guantes— dejó caer su guante en un rayo de sol que entraba a la Iglesia y allí quedó colgado como en una percha. Al volver de comulgar lo tomó sin darle importancia alguna...

“¡Oh virgen, haz lugar a una virgen!”

Aquel monasterio era una maravilla. Muchas fueron las jóvenes que, atraídas por la virtud y el ejemplo de la reina Cunegunda, acudían para vestir el hábito y cerca de ella poder aprender sus virtudes...

Además de las vocaciones otras muchas gracias hizo el Señor descender a aquel remanso de paz y de santidad por medio de aquella su fiel servidora...

Pero las más beneficiadas fueron las monjas mismas ya que tenían un modelo continuo en su caminar hacia Dios. Era una Regla viva. Bastaba con mirarle a ella y obrar como ella para saber que siempre acertaban en su vida religiosa y de observancia...

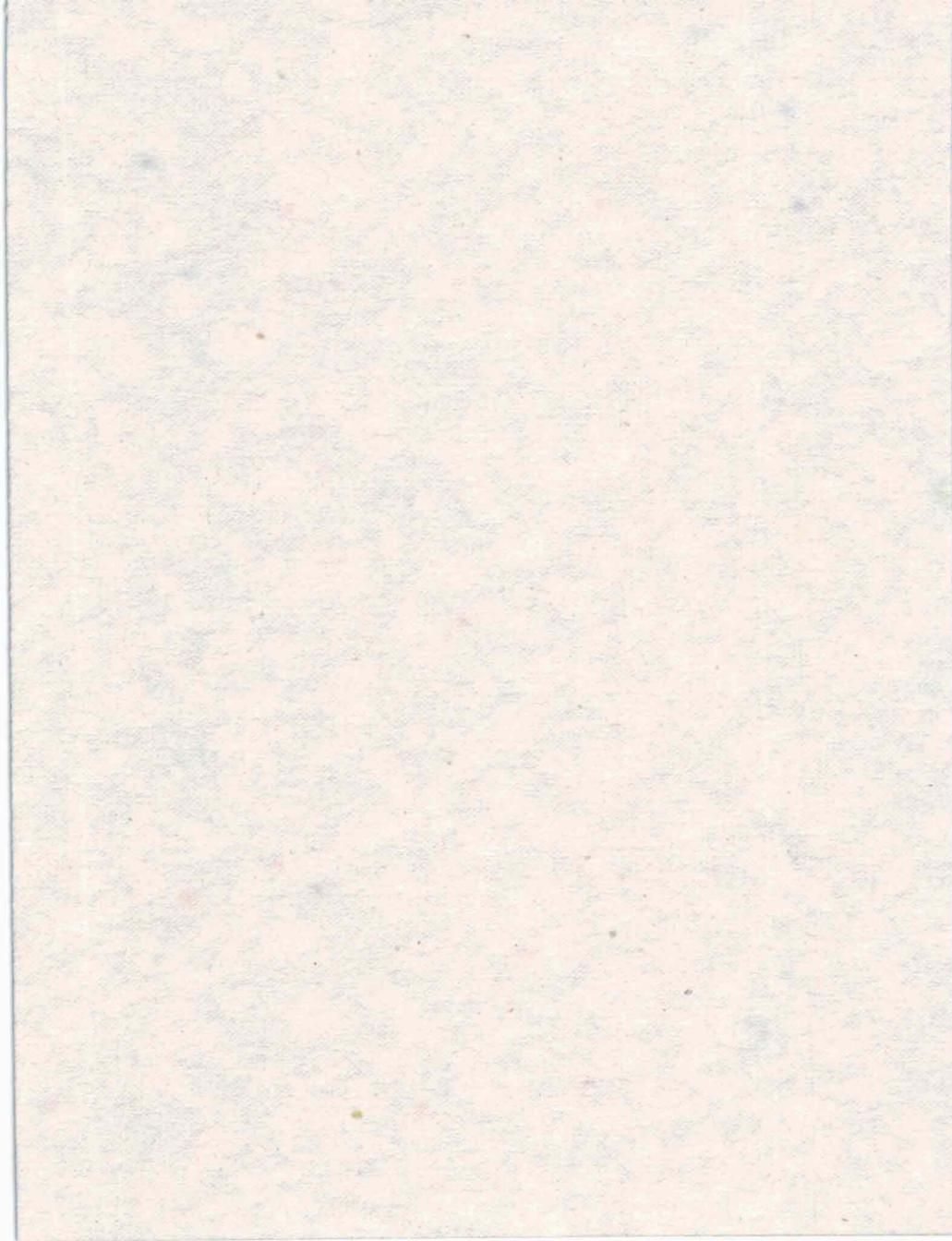
Así vivió quince años entregada a la oración, a la mortificación y a cuantos oficios la obediencia le encomendó siendo un auténtico modelo para las religiosas igual que lo había sido antes para las jóvenes, para las esposas y para las viudas. Para estos cuatro estados de la mujer es un buen ejemplo que se puede imitar siempre...

También a ella le iba a llegar la hora de partir hacia la casa del Padre... Ella misma se preparó la mortaja con la que quería la enterrasen. Alguna monjita colocó junto a la mortaja un paño muy rico como para que también se lo colocaran como recuerdo de haber sido Emperatriz... Y ella dijo:

— “Quitad ese paño que no es mío. Cuando me desposé con un hombre mortal me adorné con ricos y lujosos atavíos... pero el hábito que ahora visto es el de una esposa de Jesucristo”... Y el 3 de marzo del año 1040 expiró santamente...

Cuentan los Cronistas de la época que cuando quisieron colocarla en el mismo nicho en que yacía el emperador —como éste lo había ordenado— se oyó una voz que decía:

— “Oh virgen, deja lugar a otra virgen”, y el cuerpo del Emperador Enrique se apartó un poco dejando espacio a su esposa Cunegunda...



JHS



**COLECCION
PIEDAD
INFANTIL**

**Libros infantiles
ilustrados
a todo color**

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA